

Editorial

Esperar no es un desafío para una potencia milenaria

María Celina Castoldi



Prueba de vuelo HIFiRE4 precursor del programa de misiles hipersónicos de Estados Unidos, SCiFiRE

Aunque el devenir de la guerra ruso ucraniana sigue concitando por estos días la mayor atención internacional, la competencia estratégica entre Estados Unidos y China se ha mantenido inalterable como la principal tendencia del sistema. Una serie de acontecimientos indican incluso cómo ésta se ha profundizado y ha pasado a ser la principal apuesta de las potencias anglosajonas aliadas.

El hecho más reciente que confirma esta tendencia ha sido el anuncio sobre el inminente inicio de la fabricación de armas hipersónicas y contrahipersónicas entre Estados Unidos y Australia. Esta medida, sumada al programa para la construcción de submarinos nucleares para Australia que se encuentra en marcha, es un indicio más de cómo Estados Unidos, Reino Unido y Australia han estrechado y ahondado la cooperación mutua a los fines de contener el expansionismo chino y contrarrestar la gravitación de la potencia oriental en el escenario Indo Pacífico.

Por ello, en el actual escenario, referirse a la competencia estratégica como una cuestión estrictamente entre Estados Unidos y China no refleja lo que venimos observando en los últimos seis meses, particularmente, tras la formalización de la alianza AUKUS. Sucede que a partir de este acontecimiento se ha comenzado a advertir la pertinencia de reformular el alcance de la competencia estratégica de manera tal que incluya al bloque de potencias anglosajonas por una parte y a China por la otra.

Pareciera entonces que un nuevo escenario internacional se va configurando y va saliendo a la luz un nuevo esquema de intereses y relaciones que viene a desplazar -definitivamente y sin reparo- a Europa del centro de la escena mundial.

Con un Reino Unido escindido de la Unión Europea, un Consejo de Seguridad amordazado frente a la invasión rusa a Ucrania, una Rusia determinada a preservar su lugar en el concierto de las naciones y una OTAN que resultado de vacilaciones estratégicas no puede disimular las profundas heridas que ello le causó, ponen en evidencia que el andamiaje de instituciones y el orden de posguerra tambalea fuertemente.

Casi como ajena a todo esto, China se presenta según palabras de su embajador en Estados Unidos, como parte de la solución del conflicto y no como parte del problema.

Sin embargo, esta imagen de potencia benevolente que solo busca cooperar a favor de la desescalada del conflicto entra en abierta contradicción cuando recordamos que Rusia es para China un “socio estratégico integral” (la más alta categoría de aliado) y que ello implica dos cosas: primero, cooperación mutua para sostener una postura común frente a los desafíos del escenario internacional y segundo, asistencia recíproca en materia de defensa.

A la luz de la abstención de China en el Consejo de Seguridad al momento de votar la condena al ataque ruso a Ucrania, el gobierno de Xi Jinping demostró que honra la categoría que le ha asignado a Rusia como socio, motivo por el cual la pretendida postura de neutralidad ante el conflicto no parece sostenible.

Numerosos son los interrogantes que se abren respecto de cuál será el comportamiento de China ante la persistencia en el tiempo del conflicto en la frontera ruso-europea, pero hay indicios que parecen indicar que su objetivo revisionista se le está sirviendo a la mesa y solo resta esperar, algo que para un actor milenario como ella no pareciera ser un gran desafío.